

# Lo que sea de cada quien

## La chequera de Gustavo Alatraste

Vicente Leñero

En los años setenta, ochenta, Gustavo Alatraste era una celebridad. Había producido películas importantes de Luis Buñuel (*Viridiana*, *El ángel exterminador*, *Simón del desierto*) y las suyas propias. Se casó sucesivamente con hermosas mujeres del ambiente artístico: Ariadne Welter, Silvia Pinal, Sonia Infante. Abrió sus exclusivos cines de arte y luego el complejo de los cines Plaza. Se hizo dueño y director de la popular revista *Sucesos para todos*...

En su oficina de *Sucesos*, precisamente, me citó una mañana de principios de los ochenta para proponerme “un negocio importante”, según prometió por la vía telefónica.

—Aquí tengo mi chequera abierta—dijo después de los saludos. Y me la mostró. —Tú me dices la cantidad, lleno el cheque ahora mismo y te lo firmo. Ya después vemos lo del contrato y esos papeleos.

Tardé en darme cuenta del asunto que me había llevado a su oficina. Era la primera vez que veía al cordialísimo Alatraste y ya me trataba como a un viejo conocido.

—Leí tu novela sobre *Excélsior*. Quiero hacer una película.

—Ah caray.

—No pongas esa cara. No te llamo para que escribas el guión, de eso yo me encargo. Lo que quiero es comprarte los derechos del libro. Dime la cantidad de una vez, la que sea—y tomó su Mont Blanc en la actitud de quien está a punto de escribir sobre un cheque.

—Ah caray—volvía a decir más desconcertado aún.

—Tienes razón, tienes razón, necesito explicarte cómo entiendo la película. Yo me voy a concretar al cabronazo que les dio Echeverría y que tú cuentas en un tabicón de páginas. No me interesa la fun-



Gustavo Alatraste

dación de *Proceso* ni las otras chingaderas. Sólo el golpe.

—Está bien.

—¿Vieras que a mí me irritó tanto como a ustedes? Estaba furioso. Encabronado porque era un ataque a la libertad de expresión, traicionero. Lo que no me explico todavía es que Julio y ustedes se hayan salido así del periódico, tan campantes, dejándole la mesa puesta a... a ese reporterocho... ¿cómo se llama?

—Regino Díaz Redondo.

—Ése. Cómo que ya nos vamos y ahí te quedas con el periódico. No puede ser, carajo.

—Bueno, en el libro yo explico/

Alatraste me interrumpió sin soltar su Mont Blanc. Me señaló con ella como si fuera a disparar.

—¿Sabes en quién he pensado para que haga el papel de Julio Scherer en la película? ¿A quién crees?

—Ni idea.

—A Héctor Suárez.

Ahora sí me sorprendí de veras. Tenía en la mente al Héctor Suárez de aquella película dirigida por Alatraste años antes: *México, México, ra, ra, ra*. Héctor Suárez representaba a diferentes mexicanos prototípicos, y la película era una sucesión de *sketches* sobre la corrupción, repletos de palabrotas y chistes y albures que hacían carcajearse al público. Fue un exitazo de taquilla.

—¿Héctor Suárez como Julio?

—Sería muy original, ¿a poco no?

—Pero no es una historia cómica. Héctor Suárez es un cómico.

—Es un actorazo. Y un actor como él puede interpretar a quien nos dé la gana.

Los labios aplanados de Gustavo Alatraste parecían palpar con una risita irónica a punto de floración. ¿Me está tomando el pelo? ¿Quiere utilizarme?

Modificó el gesto cuando dijo:

—La película va a ser totalmente seria, de eso no te preocupes. Dramática como tu libro.

—¿Con Héctor Suárez?

—¿Sabes cómo pienso el final?—se levantó del asiento—. La última escena es en el Paseo de la Reforma. Ustedes van saliendo de *Excélsior*, chille y chille por la banqueta, con mucha gente y curiosos. Entonces un taxista, que podría ser Héctor Suárez si no lo metemos en el papel de Julio, se asoma por la ventanilla, desde la calle, y les grita a todo pulmón: ¡Pendejos!... La imagen se va a negros. Oscuro final.

En ese momento fui yo el que sonrió con franca ironía como diciendo “no mames”. Me levanté del silloncito que estaba frente a su escritorio.

—Entonces qué, ¿no le entras?

Sabía mi respuesta. Me dejó ir sin necesidad de cruzar más palabras. Cerró la chequera. **U**